

F1231
.5
e36
v.2

MEXICO EN EL SIGLO XIX

Comité del Castillo

El autor de esta obra se reserva
todos los derechos de propiedad.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

10022

CAPITULO I.

RASGOS BIOGRÁFICOS

DEL SR. LIC. D. MARIANO OTERO, MINISTRO DE RELACIONES.

El nombre de este mexicano es bastante conocido en la República, y su claro talento brilló en la imprenta periódica del país, en la tribuna parlamentaria y en los mas altos empleos, así como fué ornamento del foro nacional; por esto consignamos aquí su biografía en la Colección, y pasamos á extractar los principales acontecimientos de su vida, guiados únicamente de un espíritu de nacionalidad.

«Nació el Sr. Otero en la ciudad de Guadalajara en el año de 1817, y en la misma hizo sus estudios bajo la dirección de hábiles maestros, distinguiéndose desde muy temprano por su aplicación, constancia y despejado talento. A los diez y ocho años de edad, se recibió de abogado ante el tribunal superior del Estado, el 17 de Octubre de 1835. Pronto se fué reconociendo su mérito, y se le encargaron negocios numerosos que desempeñó á satisfacción de los interesados, y le fueron creando una reputación muy respetable.

Desde entonces cobró afición á la política, y escribió varias veces artículos luminosos en defensa de sus ideas que eran

003333

las de una libertad moderada. Por la junta patriótica de Guadalajara, fué nombrado para orador de la festividad nacional del 16 de Setiembre de 1841, y en la ciudad de México, dos años despues, desempeñó la misma comision, y su discurso se publicó en un cuaderno, y fué muy aplaudido principalmente por el partido á que pertenecía.

En el año de 1842 vino á la capital de la República como diputado al Congreso Constituyente, y empezó á formar parte de la redaccion del *Siglo XIX*, órgano del partido moderado, y en el que publicó artículos muy notables sobre legislacion, economía política y otras muchas materias importantes, y en esta empresa era secundado por D. Luis de la Rosa, D. Juan Morales, D. Guillermo Prieto y otras personas distinguidas, que dieron á aquel periódico un impulso que lo colocó en su apogeo, en aquella su mejor época.

Desde entonces su nombre era conocido y estimado en los círculos políticos que eran de sus opiniones, y temido de sus contrarios. Sus conocimientos en política se manifestaron tambien con su interesante publicacion: «Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestion social y política que se agita en la República mexicana.»

El flujo y reflujo de los partidos en México, que hoy ocupan el poder para caer mañana, y que han sido en sus vicisitudes un obstáculo evidente para la prosperidad del país, posponiéndose los intereses generales á los particulares, y manteniendo el fuego de la discordia que ha enervado sus fuerzas, que se encontraron débiles é inútiles el día de la prueba; este flujo y reflujo que lo ha llevado á los empleos mas altos, fué causa de que se le redujese á prision, sospechándose que conspiraba en compañía de Gomez Pedraza, Lafragua, Riva Palacio y otros que corrieron su misma suerte, y se le pusiese en una incomunicacion completa.

En el año de 1847 rehusó dos veces el Ministerio de Relaciones, y en la memorable cuanto desgraciada guerra contra los Americanos, que vinieron á poner de manifiesto nuestros desaciertos, fué uno de los cuatro que votaron por la continuacion de la guerra, en la ciudad de Querétaro, donde se hallaba reurido el Congreso, voto que celebramos nosotros,

pues nunca hemos creido debía comprarse la paz á costa de tantos sacrificios y afrentas; sin dar tiempo á que se reanimase aquel fuego santo que nos alcanzó los bienes adorados de patria y libertad.

En Toluca, publicó una comunicacion dirigida al gobernador de Jalisco sobre las conferencias diplomáticas de la casa de Alfaro, y en ella las impugnó, como contrarias á la dignidad social.

Sin duda el partido santanista la juzgó de grande importancia, cuando contestó por uno de sus órganos, el Sr. D. Ramon Pacheco, en un cuaderno que vió la luz pública en Febrero de 1848. Esto dió motivo á una refutacion por parte del Sr. Otero en su «Réplica á la defensa en favor de la política del general Santa-Anna.»

Por este tiempo su reputacion como consumado político era general, pues ya en 1847, en la sesion de 5 de Abril, cuando presentó su voto particular, y la acta de reformas á la Constitucion, que fué aprobada en casi todas sus partes, se le llamó *legislador de su país*.

De este modo no es extraño que el año de 1848, bajo la presidencia del general Herrera, ocupase el Ministerio de Relaciones, que desempeñó con agrado de aquella administracion. El 5 de Agosto de 1849 pronunció en la Cámara de senadores un discurso defendiendo el artículo 8º del proyecto de ley sobre nombramiento de ministros de la Suprema Corte, como presidente de la comision de puntos constitucionales, que fué aprobado.

El Papa le concedió en 12 de Mayo de 1849 la gran cruz de la orden Piana, y falleció este célebre mexicano en la capital de la República el 31 de Mayo de 1850, de edad de 33 años, y dejando un gran vacío difícil de llenar en el partido á que pertenecía.»

(Biblioteca Popular.)

ORACION CIVICA

Que el C. Lic. Mariano Otero pronunció en México el día 16 de Setiembre de 1843, aniversario de la gloriosa proclamación de la Independencia.

SEÑORES:

El deber que hoy hemos venido á cumplir, es un deber consagrado por la gratitud nacional, y por la piedad del género humano. En la vida de los pueblos, como en la vida de los hombres, los sucesos que han pasado dejan recuerdos y memorias perdurables, y tan variados como los sentimientos del alma.

La alegría y el placer solemnizan el aniversario de la gloria y la fortuna. El orgullo y la injusticia señalan tambien, con estrepitosas aclamaciones, el día que vuelve con la memoria de los conquistadores de la tierra; y el Sol alumbra otra vez las lágrimas del dolor, cuando en su curso reproduce los días en que las naciones han sucumbido luchando con el infortunio.

El recuerdo de hoy no se parece á ninguno de estos recuerdos; y los sentimientos que excita son tan indefinibles y variados, y las emociones que produce tan misteriosas y sublimes, que la débil palabra del hombre no acierta á describirlas ni á

descifrarlas. Desde que nuestra patria se cuenta entre las naciones de la tierra, cada vez que este hermoso día luce sobre el horizonte, alumbra una fiesta nacional, en la que millares de hombres algunos por la primera vez y otros tambien por la segunda, todos saludan extasiados de gozo y de placer, el instante en que á la voluntad del Eterno, se interrumpieron tres siglos de silencio y de pena. Y este espectáculo cada año repetido, y estas memorias de gloria y de gratitud siempre reproducidas, y estas emociones de júbilo y entusiasmo, y estas esperanzas dulcisimas de consuelo y bienestar, trasmitidas bajo tan variadas formas, no han perdido nada de su encanto y de su novedad, porque los sentimientos sublimes y elevados del corazón son inagotables, como el soplo de la divinidad los infundió en el alma del hombre.

Este recuerdo, señores, esta memoria del 16 de Setiembre de 1810, este aniversario solemne de la hora en que un humilde párroco de un pueblo oscuro y olvidado, seguido apenas de un puñado de hombres inermes, consagró su vida en holocausto á nuestra patria, proclamando el primero su emancipación, no es simplemente un fasto nacional que cualquier otro pueblo envidiaría. La humanidad nos reclama esta gloria, como una de las más brillantes de su carrera: la virtud presenta para esos hombres las más bellas é inmarcesibles coronas de gloria, y la religion consagra su memoria, como la de los sublimes instrumentos de uno de los designios más admirables de la Providencia.

Pueblo de ayer, nación nueva é inesperta, una de las páginas más bellas de la historia del hombre es ya nuestra; y bien podemos en esta solemnidad meditar sobre el papel que la Providencia nos ha confiado en el Universo, para conocer toda la importancia y grandeza de los recuerdos de este día.

El descubrimiento, la vida, los combates y la libertad del Nuevo Mundo, han sido uno de los sucesos más admirables de la historia, una de las revoluciones más prodigiosas de la especie humana; y con todo, multitud de generaciones que han visto estos sucesos, pasaron desapercibidas de su verdadera grandeza, porque no se habian verificado todavía los acontecimientos que revelan los designios de Dios.

Trescientos años hace, señores, cuando la inteligencia despertaba del profundo sueño de muchos siglos; cuando el espíritu de investigación y de duda que todo lo ha cambiado y destruido, se presentaba sobre el cielo como el pálido crepúsculo de un planeta desconocido, en la hora de los descubrimientos mas asombrosos y en la víspera de revoluciones terribles; el Nuevo Mundo apareció á la Europa admirada, risueño como una fábula, magnífico como una nueva creación, precioso como el mas rico de todos los tesoros otorgados al hombre.

Las generaciones que escucharon aquella nueva, no podían predecir el porvenir, no podían sospechar los cambios inmensos que se iban á verificar, y la raza de Europa con sus tradiciones de salvación y sus tesoros de esperanza, corrió presurosa al Nuevo Mundo, sin sospechar los misterios de que iba á ser instrumento; sin ver siquiera que Dios la había dividido en dos porciones, y que había confiado cada una de ellas á un mundo distinto, para que ambas crecieran y vivieran de una manera del todo diversa. En el espacio de algunos años, unos cuantos pasajeros atravesaron las olas del Oceano silenciosos y meditabundos; y ora con graves y solemnes pensamientos religiosos, ora con alborozadores proyectos de fortuna, arribaron á las playas del Nuevo Mundo, como la simiente que Dios hace que el torbellino conduzca á nueva tierra que la fecundara con su calor virginal: los designios de la Providencia eran todavía un secreto. Pero muy luego el movimiento de la especie humana, comenzó á hacerse notar, y la historia de estos tres siglos, mostró el diverso papel que aquellas dos secciones hicieron durante esta época, en la revolución asombrosa de que nuestra vida ha llorado algunos momentos. Mientras que los pueblos de Europa, agitados por los impulsos de las nuevas ideas que adquirían, y de las nuevas necesidades que se habían formado, luchaban ardorosos contra las instituciones herederas de los siglos; mientras que la reforma devoraba el Norte como un incendio que todo lo destruye y ponía á discusión las mas grandes y terribles verdades, las verdades religiosas; mientras que el espíritu de duda y de independencia que ella había firmado, se aplicaba á la ciencia de los derechos y deberes, y animaba á los hombres para buscar

instituciones políticas fundadas sobre sus derechos, y calculadas para su felicidad, produciendo revoluciones espantosas; á la hora en que los tronos caían, en que las clases se confundían por la destrucción, y en que el pueblo, venciendo á sus enemigos, ensayaba el modo de organizar su fuerza y su imperio; durante estos tres siglos tormentosos, la raza del Nuevo Mundo, exenta de cuidados y guarecida de las tempestades de su tierra natal, crecía quieta y pacífica, robusta y vigorosa; y mas de una vez, las tristes miradas de las víctimas de aquellas conmociones, señalaban la América como el refugio de su poder amenazado. ¡Vano error!

La América está reservada para consumir aquella revolución. Todos los principios que la inteligencia conquistaba; todos los medios de perfección y de progreso que la humanidad adquiría, entraban á formar parte de sus riquezas, sin que le costaran ni sangre ni combates. Y cuando esos principios estaban ya adquiridos y reconocidos; cuando las revoluciones habían demostrado la fuerza y el poder de estas ideas; cuando solo faltaban pueblos suficientemente preparados para la revolución; pueblos en que las instituciones antiguas no tuvieran las hondas raíces, que en Europa las harán subsistir todavía por algunos siglos; entonces Dios llamó á la raza trasplantada, quebrantó las cadenas de aquellos pueblos que con solícito cuidado había hecho crecer en los ignorados bosques del Nuevo Mundo, y los lanzó en el combate para que peleasen, primero por su propia independencia, y despues por realizar aquel estado social á que estaban llamados y que es todavía la utopía del mundo antiguo.

Esta ha sido, señores, la revolución del Nuevo Mundo, y este el acontecimiento de que hoy nos ocupamos, porque hoy hace treinta y cuatro años, que este combate comenzó entre nosotros.

El movimiento de Dolores no fué, pues, la obra de la casualidad, ni el simple esfuerzo de una colonia que quiere sacudir el yugo de la metrópoli. Considerando los sucesos con alguna mas extensión y profundidad, vemos que aquella empresa no fué mas que un medio de hacer triunfar una causa

mas grande y mas universal todavia: la causa de la emancipación de la especie humana.

El principio de la libertad de México, fué tan puro y sublime, como lo era su causa. Ningun nuevo impuesto habia hecho sentir la dura mano de la metrópoli. Ningun infortunio nuevo habia venido á recordar la dura y humilde condicion de esclavo. Por el contrario, México acababa de pasar por la época mas brillante que tuvo la colonia: acababa de ver en su seno, matematicos, poetas, juristas y sábios, que le hubieran dado un nombre en Europa; se estaba enriqueciendo con preciosos monumentos de las artes: su prosperidad material crecia todos los dias; y ni aun vislumbrar podia hasta dónde le amenazarán las revoluciones y la decadencia de la madre patria.

Mas el estado colonial, y las consecuencias indispensables de él, eran un agravio y una afrenta permanentes; y sin mezcla de ningun interes material, y sin un acontecimiento visible que determinara aquella grande revolucion, los hombres escogidos por Dios para sus instrumentos, revolvan con dolor en su corazon los agravios de su patria, meditaban sobre los derechos imprescriptibles de las generaciones humanas y se concertaron para alzar el sagrado pendon de la Independencia; ese pendon, señores, que ahora miro ondear magestuoso y brillante sobre nuestras cabezas, y que en ese dia flameó por la primera vez al sonido de un grito de muerte y á la luz pálida del estallido del cañon.

Los mismos que proclamaron la emancipacion ignoraron quizá, como ignoramos hoy tambien nosotros, las consecuencias inmensas que iban á realizar. ¡Quién es el que conoce los arcanos del porvenir! El pendon glorioso de la Independencia, cuando se alzaba terrible y amenazante, anunciaba sucesos incomprensibles, y proclamaba principios de consecuencias incalculables. Esa bandera, señores, que proclamaba la emancipacion de millones de hombres destinados á la esclavitud, en favor de una corte lejana y ávida de sus riquezas, proclamaba el dogma santo de que estos hombres, libres por la naturaleza, tenían derecho de organizar su asociacion política de la manera que lo creyesen mas conveniente á su

propia felicidad; proclamaba la igualdad de todos los derechos y de todas las obligaciones, extinguiendo las distinciones absurdas y funestas, que han dividido á los pueblos en dos razas, la una de señores y la otra de esclavos; y proclamaba, en fin, la máxima fundamental de la libertad del pensamiento, que conduce á todas las mejoras y sanciona y protege todos los derechos.

Estos principios, proclamados en diversas épocas, y desarrollados de mil maneras diferentes, constituian la verdadera cuestion de la Independencia y abrazaban en su conjunto todas las verdades, todos los derechos de la especie humana: la libertad del pensamiento, la libertad civil, la libertad política, la libertad religiosa; en una palabra, la libertad radical y completa de la especie humana, sancionada por el dogma de la igualdad y encaminada á la perfeccion moral del hombre. Si nos ha tocado solo la gloria de combatir por estos principios, ó la de realizarlos sobre el mundo, lo dirá el porvenir, y lo revela ya el exámen de los elementos con que contamos, y de los resultados que hemos obtenido.

Pero tan pura, tan grande y tan noble como es esta causa, por ella nuestros padres pelearon sin cesar durante once años, y México puede levantar orgullosa la cabeza para recordar cómo ha luchado por la emancipacion de la especie. Un grande pensador ha dicho: «Que la Providencia es parca con sus grandes hombres, y que no los manda al mundo sino cuando van á gobernar acontecimientos de su tamaño.» Y por cierto que para la independencia de México Dios no escaseó sus tesoros.

Buscad todas las grandes acciones que la historia enumera; inquirid cuáles son las altas cualidades que han constituido á los héroes cuya memoria el universo admira; recordad los sacrificios mas largos, mas costosos y mas sangrientos que presenta la historia de los pueblos, y vereis que estos once años todo lo encierran y todo lo abrazan; que no hubo una virtud que no se consagrara por un recuerdo sublime, ni cualidad eminente que no brillase en algun raro y escogido modelo. La prueba de todo esto es la historia de once años;

los hechos que en ese período han pasado por el testimonio de un pueblo entero.

Naciones hay que contaron acaso el número de sus mártires, y el de sus campos de batallas, y podrán perpetuarlos hasta sus últimos descendientes. Nosotros hemos asistido, se puede decir, al sacrificio completo de una generación: los combates fueron diarios y sangrientos, y muchas veces el sol en un mismo día alumbró diversos campos de batalla, todos llenos de víctimas y cubiertos de sangre. . . . Nunca hubo un combate más obstinado y sangriento y ningún pueblo de la tierra pudo repetir con más verdad que sus campos habían sido talados, sus casas y sus ciudades entregadas al fuego y sus hijas, sus esposas y sus madres abandonadas á una desolación universal. Los hombres caen á millares como las hojas sacudidas en los bosques por la furia del huracán.

Y todos estos sacrificios eran puros y sublimes. Los grandes hombres de la Independencia que hoy celebramos, no corrieron tras los honores ni el mando: su patriotismo nada tenía de equivoco con el de los que conquistaban los puestos públicos en nombre de la libertad ó el reposo de las naciones: su vida fué una vida de sacrificio y de consagración y la muerte el único destino de que estaban seguros. La muerte segaba todos los días sus cabezas preciosas en los combates y en los cadalsos, y ante el cañon enemigo, como bajo la mano del verdugo, su firmeza y su valor no desmintieron jamás. La posteridad tendrá en esa guerra incontables ejemplos de magnanimidad que imitar, y la muerte de Hidalgo, de Morelos y de Mina podrán compararse á los más admirables ejemplos de la antigüedad. El heroísmo llegó á ser vulgar y dejó de sorprender. . . .

Pero señores, acaban de salir de mis labios nombres que ningún mexicano puede pronunciar sin orgullo y sin ternura. ¿Qué hay más admirable y más sorprendente que la marcha en que el joven navarro con solo un puñado de héroes, atravesó un país desconocido y enemigo, derrotando cuanto se oponía á su marcha, deshaciendo ejércitos siempre diez veces mayores que el suyo y penetrando así hasta el interior del país, donde abandonado de la fortuna y no de su corazón,

halló la muerte de los héroes? ¿Qué nación del mundo, ni qué revolución humana hubiera desdeñado á Morelos por caudillo. . . .? ¿Ni qué hay tan grande, poético y sublime como el anciano de Dolores, que desconcertado en sus proyectos, en el momento que ha sido descubierto, va y toca la humilde campana de su iglesia, proclama la libertad del Nuevo Mundo en el silencio de la noche, y se lanza luego al combate, hiriendo y destrozando por todas partes? Los objetos colosales, señores, no pueden comprenderse sino viéndolos á la distancia conveniente, y solo dentro de algunos años y á la vuelta de algunas generaciones, podrán conocerse á los que vimos demasiado en el mundo, para que podamos conocerlos bien en la historia; y entonces, cuando se contemplan estas figuras ya lejanas ó iluminadas de gloria, tendrán para la posteridad tanta grandeza y tantas maravillas, que los héroes ensalzados por el canto de los poetas parecerán pequeños, como son pequeñas las concepciones del hombre ante las grandiosas creaciones de la Divinidad. Solo entonces se conocerá lo que valían Galeana y Matamoros, Allende y Coz, Rayon y Moreno, Guerrero é Iturbide.

Y entonces solo también, señores, se conocerá la pérdida deplorable que la República acaba de hacer en este último y luctuoso año, en el que con tantas ilusiones perdidas y tantas esperanzas cruelmente burladas, han desaparecido de enmedio de nosotros D. Miguel Ramos Arizpe, D. Guadalupe Victoria y Doña Leona Vicario de Quintana. Es este el primer año que la posteridad existe para ellos: son estos los días en que el sepulcro ha puesto el sello á su gloria; y esta por consiguiente la primera vez en que sus nombres pueden ser proclamados en esta solemnidad, consagrada á la memoria de aquellos á cuyas virtudes heroicas debemos esta nacionalidad que celebramos. Paguemos, pues, á su memoria este primer tributo de gratitud: lloremos, ¡ay! á los que hemos perdido sin que falte nada á su fama, cuando es cada día más triste é irreparable su falta. La generación de la gloria va desapareciendo ante la generación del dolor y del infortunio. . . .

Señores: Al venir á este lugar, al consagrarnos á este recuerdo, las heridas del corazón se habían cerrado y el alma

podía olvidar sus dolores: esta memoria las viene á abrir de nuevo.

¡Cuántas veces viendo la suerte de los grandes hombres de la Independencia, hemos podido preguntar con vergüenza y con dolor, para qué los había dejado Dios entre nosotros!

¿Por qué Cuilapa no reclamó su víctima ilustre, cuando la cólera del Señor había arrojado sobre otro pueblo la sangre, despues traídoramente derramada por nosotros? ¿Por qué el último, y no por cierto, el menos grande de los héroes de la Independencia, debiera ser la primera víctima de nuestras infortunadas revueltas, la primera víctima, cuyo sacrificio invocará la venganza del universo y del cielo? ¿Para qué Victoria escapó al suplicio, á los combates y á la miseria, si su nombre purísimo y sin mancha había de venir á perderse en el fango de las guerras civiles; si había de morir oscuro y olvidado el que fué un modelo de constancia y de virtudes republicanas? ¿Ni qué tenemos derecho á reclamar cuando hemos visto morir en Ramos Arizpe á uno de los padres de la Independencia y de los mas ardientes defensores de la libertad, sin que sus conciudadanos se apresuraran á hacerle los últimos honores, sin que su memoria haya recibido todavía los homenajes debidos á su valor, á sus servicios y á su consagración perpetua á la causa de la República? La heroína, á quien lloramos hoy también, despues de haber mostrado que las mujeres tiernas y delicadas, que nacen bajo el cielo de los trópicos, igualaban la grandeza de ánimo y la sublime piedad de las nobles romanas, ha desaparecido igualmente despues de haber llorado lo que todos hemos visto: nuestras fortalezas selladas con las huellas de un pabellon extranjero, á Tejas perdido y á la República dividida en fracciones que se despedaban en los furores de la anarquía, ó que abyectas y sumisas parece que desmentian los grandes hechos de la Independencia, y se declaraban indignos de aquella raza de héroes. . . .

Señores! Yo veo que el rubor y las lágrimas asoman á vuestros semblantes, recordando la época luctuosa y cruel que ha seguido á la Independencia. ¿Quereis que yo describa el triste cuadro de la República, cuando entregada á la lucha de facciones impías, los hombres justos y celosos de la honra

de su país, al oír las imprecaciones con que los combatientes pedían al cielo el triunfo de su causa, han tenido que exclamar horrorizados con el profundo historiador de Roma:— «Utrasque impias preces, utraque detestanda vota, inter nos, «quorum bello, solum id scires, deteriorem fore que vissent.»* ¿Quereis que os muestre cómo en estos triunfos impíos todos los principios han sido insultados, todos los derechos conculcados, todos los absurdos proclamados. . . .?

¡No, mexicanos! Las lágrimas de este dia deben ser lágrimas de gratitud y de ternura, y no de dolor y desesperación. Más vergonzosa era la esclavitud extranjera que la anarquía doméstica; más duras y pesadas fueron las cadenas de tres siglos que el malestar de quince años de discordias; para la Independencia se necesitaban mil veces mas esfuerzos que los que bastaran para consolidar la libertad, y nuestros padres no por esto vacilaron, ni su obra dejó de realizarse. Tenían fé en el porvenir, y no peleaban por ellos sino por sus hijos. Las grandes obras no son el fruto de una generación; y para llegar al punto en que hoy estamos, miles de años han pasado y centenares de generaciones han muerto menos afortunadas que lo que lo somos nosotros con nuestras desgracias, lamentables por cierto, pero pasajeras. Ved lo que éramos y lo que somos, y entonces nuestra vida, con sus azares y sus tormentos, con su incertidumbre y sus dudas mortales, con sus cruentas desgracias y sus recuerdos de vergüenza, os parecerá menos mala que lo que ha pasado y preferible á cuanto vieron nuestros padres.

Un gran designio providencial se está realizando, señores, y es visible cómo la mano de Dios levanta en el Nuevo Mundo el imperio de la Democracia y de la Libertad. Todo se conmueve y se trastorna, y los elementos de esta obra inmensa quedan ilesos, y crecen, y se fortifican en medio de los combates. Estos cambios continuos y esa inestabilidad peligrosa, nada han fundado; pero han destruido lo que debían destruir

* Ruegos impíos ambos, votos igualmente detestables entre dos campeones, de cuya lucha solo se supiera que el que venciese seria siempre el peor.

y no han dejado cimentar nada de lo que pudiera hacernos retroceder.

Gime todavía el mundo antiguo bajo el peso de las ruinas de la feudalidad: la democracia apenas comienza á hacer ensayos, y la nobleza y la monarquía han salido de la lucha disputando todavía el imperio del mundo, mientras que nosotros nada de eso tenemos ya. Treinta años hace que obedecíamos á los nobles y á los reyes; que estábamos divididos en castas y que creíamos que la soberanía del pueblo era la herejía mas execrable.

Y ahora, ¿dónde están los que esto predicaban? ¿Dónde está el edificio que levantaron tantos siglos? No tenemos ya ni nobles, ni reyes, ni señores de derecho divino: en el curso de las revoluciones la ambición y la tiranía están condenadas á la humillación de pedir sus títulos al pueblo que oprimen; y cuando estos nombres de Libertad y de Igualdad resuenan en los aires, ¿quién es el que viene á predicar la esclavitud, ni á proclamar absurdas distinciones de nacimientos, títulos mentidos de la divinidad?

Nadie: la república, y la República Democrática es un hecho consumado. La Igualdad y la Libertad no están proclamadas en los libros: grabadas profundamente por la fuerza de los acontecimientos humanos: encarnadas con el espíritu y los intereses de las generaciones que se suceden, para vencerlas sería preciso destruir el orden físico y moral del mundo, arrancar del corazón los sentimientos mas caros, borrar de la inteligencia las verdades mejor conocidas, y destruir hasta la memoria de los medios porque se habían obtenido estos adelantos; sería necesario, señores, pervertir y embrutecer á la especie humana. Este absurdo es la única esperanza racional de los partidarios de la retrogradación.

Por el contrario, los que llenó el corazón de placer y con el alma encantada por plácidas esperanzas, confían en el porvenir de la especie, y celebran los días en que el mundo ha comenzado sus revoluciones salvadoras, bien pueden descansar tranquilos en las leyes mejor observadas durante tantos siglos; en las verdades mas consoladoras en que cree el género humano. En lo pasado, inmensos han sido los beneficios

de Dios; inagotables sus tesoros. Nuestros fastos cuentan, contienen ya, los mas dulces recuerdos: nuestros hombres grandes ocupan un elevado asiento en la mansión de los héroes, y las páginas de nuestra historia brillan con una luz que no se ofuscará jamás. La Providencia que nos ha cuidado, no se desmentirá, y al través de la furia de los vientos y de las tempestades, LA MANO que mueve al mundo nos hará llegar á nuestro destino, al destino de libertad y ventura que señaló en su sabiduría eterna, y cuya carrera comenzamos EL 16 DE SETIEMBRE DE 1810.

¡Día de sublimes recuerdos y de mágicas inspiraciones! Yo, en medio de este pueblo que te saluda, vuelvo á proclamarte y á bendecirte como el mas grande de todos nuestros días. Tu memoria es una memoria de orgullo que recogimos un día, admirados de tantos prodigios, cuando nuestros padres, con voz enternecida, nos referían tus sucesos. Tu gloria, como la estrella solitaria que luce para el navegante perdido en la inmensidad del océano, ha sido nuestra única esperanza, nuestro culto mas querido, cuando el infortunio con mano de hierro nos oprimía....

Nuestros hijos recibirán de nosotros este recuerdo cada día mas caro, como una prenda preciosa de salvación.... y en la larga vida de las naciones cada vez que suenen estas horas de plácida ventura, felices ó desgraciados nuestros hijos y los nietos de nuestros hijos, se reunirán siempre para celebrar el instante primero de la vida de la Patria; para pagar un tributo de gratitud á la memoria de los grandes hombres de la Independencia; y todas estas generaciones levantarán al cielo su voz, y dirán extasiadas de alegría y de piedad: ¡Sér Eterno, Creador y conservador de las sociedades humanas, nosotros te bendecimos, porque el 16 de Setiembre de 1810, nos concediste la INDEPENDENCIA y la LIBERTAD!

OBSERVACIONES.

El notable discurso que he presentado de este distinguido orador, debe llamar la atención, tanto por su lenguaje y forma, como por sus ideas. El Sr. Otero, meditando en los sucesos que tuvieron lugar el 16 de Setiembre de 1810, y al analizar las causas que le dieron vida, no las atribuye como algunos otros lo han hecho, á causas verdaderamente frívolas, realmente pueriles. Orador cristiano y filósofo, ve en aquel movimiento el dedo de la Providencia, y que sus autores no eran más que instrumentos que obedecían las órdenes del Todopoderoso. Como filósofo, examina los resultados de aquella revolución, que solo exigía su independencia y libertad, para constituirse en nación. El elogio que hace de los caudillos de la independencia, citando á un gran pensador no puede ser mejor, cuando dice: «*Que la Providencia es parca con sus grandes hombres, y que no los manda al mundo sino cuando van á gobernar acontecimientos de su tamaño.*» Y añade: «*Y por cierto que para la independencia de México, Dios no escaseó sus tesoros.*» ¿Qué apoteosis podría hacerse más brillante de nuestros héroes que el que hace el Sr. Otero, al decir: «*Y por cierto que para la independencia de México, Dios no escaseó sus tesoros*»? Si examinamos este discurso respecto de su lenguaje y forma, encontraremos que es correcto, elegante y florido en cuanto á lo primero, y perfecto en sus miembros, respecto á lo segundo. Puede asegurarse, sin temor de equivocación, que es el Sr. Otero uno de los mejores oradores mexicanos.

CAPITULO II.

RASGOS BIOGRÁFICOS

DEL SEÑOR DON JUAN DE DIOS CAÑEDO

El Sr. D. Juan de Dios Cañedo nació en Guadalajara el 18 de Enero de 1786. Sus padres fueron personas de la antigua nobleza y tuvieron el título de Mayorazgos, fundado sobre los cuantiosos bienes que hasta hoy existen, pertenecientes á su misma familia. Su educación fué esmerada, y desde sus primeros años reveló una capacidad y un talento que anunciaron un grande hombre.

Luego que sus padres lo juzgaron apto, lo dedicaron á las ciencias, en cuyo estudio se distinguió, asombrando con su talento colosal, pues pocos esfuerzos y dedicación necesitaba para comprender perfectamente y con superioridad á sus condiscípulos, cuanto se explicaba en las cátedras. A esta comprensión reunía una memoria felicísima, pues uno ó dos repases á una materia le bastaban para retenerla siempre y repetirla de memoria cuando era necesario.

Su catedrático de derecho civil y canónico fué el Dr. D. Francisco Severo Maldonado, cura de Jalostotitlan, sabio